

DIONISIA GARCÍA, *LA APUESTA*, ALBACETE, NAUSICAÄ Y BARCAROLA, 2016, 57 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Se inscribe *La apuesta* en parecidas características formales y temáticas que desde hace lustros ofrece Dionisia García en cada entrega lírica que va dando a la estampa. Siendo así, el lector que conozca su obra reconocerá en este libro de 2016 no pocos pretextos que la autora albaceteña se había planteado y había transmitido a sus versos en conjuntos precedentes. Y resulta obvio puntualizar que en las sucesivas plasmaciones lo hizo con acentos y modulación diferenciada. Quien haya leído los conjuntos previos a éste va a encontrarse ahora con algún que otro motivo inspirador, y que lo es igualmente de reflexión, que se le revelará como más representativo de la singladura poética más actual. Anticipo, a modo de ejemplos, el de la proximidad de la fase término del camino de la vida, el del adiós a las cosas, o el símbolo de la puerta.

Bajo el eje de la constatación serena del transcurrir temporal, asunto éste que es el más identificador y continuado en sus versos, no faltan en *La apuesta* meditaciones líricas que pudieron apreciarse en la poética de Dionisia García de las décadas últimas. La cortedad del existir, y la concepción de la vida como camino, como tránsito, como peregrinaje espiritual, son trasuntos recuperados en este libro, así como el del «silencio» de Dios, el de la belleza del mundo, o el de la valoración positiva y cordial de la compañía que los demás, del prójimo, nos hacen durante el período en el que alentamos.

Dionisia García poetiza experiencias propias en *La apuesta*, pero su testimonio lírico cabe generalizarlo, pues lo pueden compartir millones de personas en distintas latitudes, y sobre todo

aquellas cuyas convicciones religiosas se fundamentan en los mismos credos de matriz cristiana que se manifiestan en el libro como reflejo del pensamiento y de la fe religiosa de la escritora. Jesucristo se hace presente en muchas composiciones, y las enseñanzas transmitidas por la tradición católica también, tanto las formuladas por los teólogos como las que infundieron en sus creaciones artísticas poetas cimeros, a la cabeza de los cuales ha de situarse a San Juan de la Cruz.

A propósito de otros libros de poemas de Dionisia García que tuvimos la oportunidad de leer, y de comentar, ya pusimos de relieve la incidencia y ascendiente de la poesía sanjuanista en sus versos. Ese influjo no podía dejar de proseguir en *La apuesta*, donde se hace ostensible de diversas maneras. El Dios al que el lírico de Fontiveros consideró escondido por difíciles parajes naturales, se convoca en la composición «Por tierra de naranjos». Ese adentrarse en el ámbito divino con todo sigilo que leemos en «El arte de escarbar» nos evoca también al carmelita. Y sobremanera se sitúan en su órbita esas líneas que plasman la dialéctica entre luz y oscuridad trascendentales que constituyen la clave más honda del religioso abulense, y que la escritora ha poetizado magistralmente en el poema que abre esta obra que comentamos, y que lleva el título tan denotativo de «Preludio».

Lo lumínico y lo oscuro en su relación con lo divino propician en *La*

apuesta variaciones que llevan el sello singularizador de Dionisia García, como lo acreditan sus textos «Noche» y «Horizontes». Ese sentirse próxima a Cristo de la dicente, pero «A ciegas» a su vera, en el primero de los poemas citados, alberga interesantes matices conceptuales, y parecido podría decirse de esos destellos de intermitente luminosidad divinal que irradian de tanto en vez, y que se ofrecen a la captación durante el transcurso de la vida. De ese claror que un día se ve y otro no logra percibirse, que se atisba en ocasiones, y que no se advierte en tantísimas otras, nos habla el segundo poema antecitado, y cuya lectura me permite reinterpretar algunos de los sentidos de títulos que Dionisia García puso a sus obras de los lustros más recientes. Porque en la vida terrena se está *Aún a oscuras*, en espera de una luz ulterior que pueda existir. Porque esa luz intermitente configura *Señales* de otra Realidad presentida, y que ha de escribirse con mayúscula para diferenciarla de la realidad consuetudinaria. Y porque hay que confiar en que resultará verídica, y no ilusoria, *La apuesta* por esa Realidad intemporal que no se sujeta a las percepciones cotidianas del paso de los días.

Uno de los aspectos del tratamiento del tiempo plasmado en *La apuesta* lo constituye el testimonio de la hablante acerca de la progresiva desaparición de costumbres antaño bien corrientes, y con ellas la paulatina pérdida de presencia de Dios en la vida cotidiana. Ilustra el asunto

el poema «Pérdidas». En sus líneas se atestigua el gran cambio operado en el modo de vivir de la gente. En el pretérito en el que fue niña la hablante, y aun después, era habitual la interacción de lo religioso en la vida diaria. En contraste, su vejez la vive en un mundo en el que a Dios ya casi ni se le nombra, dando la sensación de que ha desaparecido también, como tantas y tantas cosas. Al término del poema, un guiño irónico añade un inesperado toque de valor conceptual a la composición, puesto que ocurre que tampoco Dios «se deja encontrar». Y no dejarse encontrar supone que en un sitio u otro pudiera albergarse esa morada espiritual suya que la voz que habla en el texto aspira a descubrir en el tramo último de su existencia, según declara en «Negaciones».

Amén de reflexiones metafísicas, la mayoría de ellas de naturaleza religiosa, se hallan en *La apuesta* interrogantes de carácter ontológico, como aquel tan hondo con el que concluye el poema «Luz, más luz», en cuya línea final se deja flotando en el aire la pregunta de si los seres humanos en realidad «¿somos solo palabra?» (p. 35).

Uno de los símbolos identificadores más remarcables en *La apuesta* es el de la puerta. El camino andado por la vida se va acercando a su término. Así nos lo exige a todos una edad de la que pueda decirse que es avanzada. La puerta que

vaya a abrirse, o no, el día de la muerte está cada vez más cerca. Imaginarse que esa puerta existe presupone ya la creencia en un más allá, en este caso el concebido por el Cristianismo. En el poema «Rescate» la hablante dice que llega a esa puerta sin temor, en la convicción de que Dios aguarda a quienes confían en su palabra. En la composición «Inquietante compañía» se adivina el cruce de ese umbral que solo sería el principio de una senda que conduce a otras puertas y éstas a otras más, y «hasta la puerta última». (p. 38), visión alegórica ésta en verdad *sui generis* en la poesía española contemporánea.

Varios asuntos plasmados en la poesía española del siglo xx e igualmente cabe decir de la del xxi, los ha propiciado la senectud. Si el poeta no la hubiese alcanzado, acaso no surgirían en su obra. Sentirse cercano a un posible umbral desconocido es uno de esos pretextos líricos. Y otro, entre tantos posibles, lo es el despedirse del perimundo. Dionisia García ha poetizado esta despedida en la composición «Adiós», la cual cierra su libro de manera tan denotativa como lo había abierto «Preludio». Una vez más, reservando para los versos finales del poema su meollo más significativo, cambia la perspectiva y se despide «también de algunas vanidades...» no sin apostillar «De Ti no me despido» (p. 57), dirigiéndose directamente a quien concibe más allá de todos los umbrales.